

Apellido y nombre: Herrero Paulina.

Colegio: Escuelas Pías.

Categoría: cuentos.

## AUN NIÑO SINGULAR

No podía hablar, no lo necesitaba tampoco; con gestos era suficiente para darse a entender. Eliseo apenas tenía dos años y aunque los adultos le repetían palabras básicas él no las decía, al parecer no veía la necesidad. Era un niño sumamente simpático, todos decían que tenía algo en su ser que lo hacía especial, tal vez era esa sonrisa o su mirada tan dulce la que se adueñaba del corazón de cada persona en el pueblito de Atamisqui.

Eliseo vivía junto a sus padres, Ana y Alfredo, su tía Ernestina, y su abuelita, Delicia. A pesar de ser tan pequeño se podría decir que era muy obediente y tenía cierto grado de independencia, casi todos los días acompañaba a su padre al campo en un pequeño sulky, y aunque el camino podía volverse un poco largo y tal vez extenuante, el niño no emitía quejidos, iba expectante a todo lo que ocurría a su alrededor, a la naturaleza, al viento que agitaba sus rizos, pero particularmente al sonido que emanaba de los cascos del caballo al chocar contra el suelo.

Cuando llegaban al campo, Eliseo de forma mecánica, como si supiera que debía estar quieto mientras su papá trabajaba, se sentaba siempre sobre el mismo fardo de alfalfa hasta que lo buscara nuevamente para regresar a su morada. Estar allí no parecía incomodarle, puesto que podía pasar horas y horas mirando a los animales, aunque era evidente que de entre todos ellos, los bovinos se llevaban la mayor parte de su atención, sus ojos cuales piedras preciosas se colmaban de un brillo especial al verlos.

Un día, luego de la atareada rutina, Alfredo junto a su pequeño estaban camino de regreso a su hogar cuando un vehículo se detuvo justo en frente de ellos, y bajó la ventanilla delantera. Era el patrón de Alfredo.

- Alfredo querido, ¿cómo te encuentras?
- ¿ Buenas tardes patrón! – exclamó Alfredo- Muy bien, ya volviendo a mis pagos.  
¿Todo está bien?

- Todo está perfecto, ya que te encuentro aquí quería aprovechar la ocasión para avisarte que mañana tendremos una yerra, así que tempranito encierren a los terneros y procuren que todo esté listo.
- Está bien don Julio, mañana a primera hora voy estar aquí.
- Gente de muchos lugares va a venir así que traé a la familia, están todos invitados.
- Gracias patrón, mañana estaremos todos presentes si Dios quiere.

Alfredo estaba muy emocionado, hace mucho tiempo no podía compartir un almuerzo con su familia, ya que el trabajo demandaba la mayor parte de su tiempo, pero además sería la primera yerra a la que llevaría a Eliseo, le fascinaba la idea de enseñarle a su hijo sobre las costumbres de su pueblo, a la que tanto se encontraban arraigados, pues es el legado que le dejaría.

Eran las cinco de la mañana, destellos dorados traspasaban la ventana de la casa anunciando el alba. Alfredo ya estaba en pie alistando el sulky, la abuela Delicia se ocupaba de guardar en una bolsa los pastelitos dulces que había hecho laboriosamente la noche anterior, Ana se encargaba de Eliseo y la tía Ernestina los acompañaba mediante sus infaltables mates amargos. Una vez todo listo, se dispusieron a emprender el viaje. A pesar de que era realmente temprano, Eliseo no lograba conciliar el sueño, se mantuvo despierto y alerta desde que dejaron la casa hasta que llegaron al destino. Al llegar allí, lograron percibir claramente un clima festivo pero a la vez muy familiar, personas de muchos lugares habían asistido al evento, la yerra es una fiesta gaucha por excelencia, por lo tanto, cada vez que se presentaba la oportunidad, la gente no dudaba en hacerse presente.

En el lugar se podían apreciar diferentes escenarios, por un lado estaban los músicos haciendo resonar de forma vigorosa las guitarras y los bombos mientras acompañaban las danzas tradicionales como chacarera, gato y escondido; por otro se encontraba el sector de los juegos, donde muchos demostraban sus habilidades jugando al truco, al pato, a las bochas y demás. Mientras que otros aprovechaban para curar sus penas, sumergiéndose en un camino sin retorno. Sin embargo, los verdaderos protagonistas eran los gauchos, jinetes y pialadores, quienes ponían en evidencia su fuerza y sus destrezas a la hora de enfrentarse a los toros. El objetivo de los mismos consistía en dominar al animal, dándole vuelta con ayuda de lazos de cuero o utilizando la fuerza de sus brazos, para poder de este modo efectuar la marcación y a su vez otras labores como la castración, que finalizaba de seguro en un gran asado de achuras.

Eliseo caminaba de la mano de su mamá cerca del corral en el que se encontraba su padre, a punto de ejecutar su labor, cuando vio algo que lo impactó. Su padre estaba sujetando bruscamente a un ternero mientras este gritaba y otra persona lo sostenía de la cola, si bien Eliseo no comprendía lo que ocurría rompió en llanto y soltándose de la mano de su madre comenzó a caminar en dirección a su padre. Alfredo al escuchar llorar a su pequeño perdió la dimensión de lo que estaba haciendo, y como consecuencia de ello soltó al ternero, el cual comenzó a correr despavorido hacia donde se encontraba el pequeño; todos presagiaban lo peor, sin embargo, algo extraordinario ocurrió.

-¡Alto!- exclamó Eliseo.

El animal se detuvo bruscamente a unos pocos metros del niño, tal como si hubiera acatado la orden.

En ese momento los padres de Eliseo no lo habían notado a causa de la desesperación pero su hijo había dicho su primera palabra, justo allí, en ese lugar, en la situación más oportuna y extraña. Las personas no podían creer lo que acababan de presenciar, era algo insólito, que aunque no pudieran atribuirle un significado especial se merecía una celebración.

Y así continuaron su día, riendo, cantando alrededor de un fogón y bailando, celebrando la vida, especialmente la de Eliseo y el hecho de estar reunidos por algo en común, su cultura.

FIN.